

hombre es habia nacido para obedecer, sino para man-
dar, ó para morir desastrosamente como un mártir.
El conde de Hainaut, vendiendo á los señores de
Francia, por un precio enteramente bursátil, era un jóven
como de 30 años de edad, de familia honesta, de gra-
ta presencia, fino y cortés en modales, como la
lealtad y buena instrucción. Venció á la temeridad,
y sacrificó hasta el estremo, no llevó por su camino
ninguna ventaja. Hubo en su vida, le habian hecho
ver más de gloria, como uno de los más famosos
religiosos de la época; pero en su vida
morir como un avechuzo, ó como un pirata.

CAPITULO SESTO.

PELIGROS DE LA REVOLUCION POR FALTA DE RECURSOS.

Vuelven los del Sur á tomar las armas despues de labrar sus tierras.—Mentiras que se inventan en México.—Trata el gobierno de seducir á algunos caudillos.—Toma de Coyuca.—Alvarez y Villareal en Costa Chica.—Rápidos movimientos de Jesus Villalva.—La montaña de Tlapa.—Don Rosendo Moreno en Ajuchitlan.—Triunfos de Diaz Salgado, Huerta, Pinzon y Puebla.—Horrores de la guerra.—Apuros pecuniarios del gobierno.—Medidas que toma para salvarlos.—Devastaciones.—Incendio de Tierra Colorada.—Es fusilado Don Ignacio Campos.—Incendio de la Brea.—Instrucciones al general Castillo.—Pormenores de su expedicion.—Da órden el gobierno para tomar caballos de particulares ó de las haciendas.—Ataque de Morelia.—Muerte del general Echeagaray.—Ingratitud del gobierno.—Escasez de recursos en el Sur.—Añanos de Comonfort.—Proyecta un viaje al Norte para proporcionarse recursos.—Se embarca para San Francisco de California.—Inutilidad de sus diligencias allí.—Pasa á Nueva York.—Nuevas dificultades.—Vindica á la revolucion por los periódicos.—Horribles aflicciones.—Nueva tentacion.—Rechaza propuestas halagueñas.—Don Gregorio de Ajuria.—Préstamo que hace á la revolucion.—Vuelve Comonfort á Acapulco con armas, municiones y pertrechos de guerra.—Su saludo á los surianos.—Oportunidad de aquellos auxilios.—Zuloaga en la Costa Grande.—Accion del Calvario.—Llega Zuloaga á la hacienda del Nuzco.—Le sitian allí Alvarez, Villareal y Moreno.—Barberena en San Márco.—Proclama de Alvarez á la brigada Zuloaga.—Estado de la revolucion al terminat el año de 1854.

DURANTE tres ó cuatro meses, los habitantes del Sur habian estado dedicados á sus faenas del campo. Aquellos hombres que con tanto heroismo habian he-

cho frente al ejército de Santa-Anna en el Coquillo, en Acapulco, en el Peregrino, y que tanto habian sufrido en sus pequeñas fortunas por los incendios y devastaciones con que asolaron su tierra las tropas del gobierno, soltaron las armas luego que se vieron libres, para empuñar los instrumentos de la labranza. Poco trabajo y poco tiempo bastan en aquel clima privilegiado para que la tierra dé sus frutos; pero entonces Dios bendijo con mas especialidad los trabajos de aquellas gentes; de tal modo, que á fines de Agosto pudieron ver logradas sus cosechas y asegurada su subsistencia para el año entrante, quedando en aptitud de volver á empuñar las armas para seguir sosteniendo la causa que habian emprendido.

Entre tanto, el gobierno de México, sin dejar de dar impulso á los movimientos militares, y continuando en su sistema de devastaciones contra las comarcas pronunciadas, habia intentado contener los progresos de la revolucion, propagando falsedades que no sirvieron mas que para poner en evidencia su mala fortuna. Hizo correr la voz de que habia muerto el general Alvarez á consecuencia de una enfermedad en las piernas; de que habia fallecido tambien el general Villareal, por efecto de las heridas que habia recibido en el Coquillo; de que habia entre los caudillos de la revolucion grandes enemistades; y pintó, en fin, á los

pronunciados del Sur dispersos como ovejas sin pastor, divididos entre sí por miserables rencillas, y próximos á espirar por falta de recursos para subsistir, y de medios para continuar la lucha. Casi al mismo tiempo que empleaba estos medios, puso en práctica otros para atraerse á algunos jefes revolucionarios, haciéndoles ventajosas propuestas, si abandonaban su causa y se adherian al gobierno; y entre otros, fué solicitado de este modo Don Pascual Asensio Torres, que se hallaba fortificado en el cerro del Gallo, y que rechazó noblemente las proposiciones que se le hicieron, renovando sus propósitos de vencer ó morir por la causa de la revolucion.

Desde el 9 de Julio habia tomado á Coyuca Don Anacleto Tavares, y allí se reunieron por el mes de Agosto fuerzas considerables que se fortificaron en los cerros inmediatos con el objeto de hostilizar constantemente á la guarnicion de Ajuchitlan, que estrechada por todas partes, y careciendo de recursos, se encontraba en el mayor aprieto.

En el mes de Agosto da principio una série de operaciones tan rápidas é imprevistas, que no puede menos de romperse con ellas el hilo de la narracion histórica, del mismo modo que desbarataron ellas todos los cálculos y planes del gobierno.

El comandante de Teloloapan Don Jesus Valladares, es derrotado y muerto por el comandante Lagunas al tiempo que iba á quemar el pueblo de San Miguel. Alvarez y Villareal, al frente de una fuerte division, compuesta de aquellos buenos surianos que acababan de soltar el arado y la azada, se dirijen á la Costa Chica con ánimo de atacar al coronel Tejada que se habia fortificado en Ayutla: este huye de allí, y entran en la villa el 5 de Setiembre los caudillos del Ejército libertador; destruyen las fortificaciones que Don Manuel Aljobin habia levantado, y abandonan la poblacion el 10, quedándose Villareal por Costa-Chica para perseguir á Barberena y Tejada, á quienes deja incomunicados entre sí, el primero en Ometepec y el segundo en Cruz Grande, mientras que Alvarez regresa á la Providencia para reunir fuerzas considerables al Oriente de los Cajones, y amenazar á Quechultenango y Mochitlan.

El intrépido Jesus Villalva no sosiega un punto, y los jefes del gobierno le encuentran por todas partes. Amenaza á Iguala en compañía de Don Agapito Beltran y de Don Higinio Rebolledo, y el comandante de aquel punto dice al gobierno con fecha 13 de Setiembre, que no tiene fuerzas para resistirles: entra en Tenango, ataca la hacienda de Hucachinantla, pasa á Ostutla y Mestitlan, y derrota al coronel Castrejon

en el Tepeguaje: amenaza á Chiautla de la Sal, poniendo en alarma á todo el distrito de Cuernavaca, y cae como el rayo sobre las tropas del gobierno en la Cruz de Contlalco, haciendo en ellas gran destrozo.

Pronúncianse al mismo tiempo todos los pueblos de la montaña de Tlapa; y el capitán Gonzalez, enviado á recorrer la sierra para volverlos al órden, no encuentra en Acatepec mas que treinta y tres viejos, por haber volado á las armas toda la juventud de aquellos pueblos. Moreno continúa sin recursos en Ajuchitlan, y tiene encima las terribles guerrillas de Berdeja, fortificado en el puerto de Coyuca, de Tavares que se halla en San Miguel Amuco, y de otros guerrilleros que lograron cortarle la comunicacion con el cuartel general de Chilpancingo. Muévense, en fin, en todas direcciones los caudillos del Sur, y ganan terreno por todas partes.

No es menos dichosa la actividad de los pronunciados de Michoacan y del departamento de México. Diaz Salgado ataca en las Cuevas, entre Zirándaro y Huetamo, la vanguardia del general Andrade compuesta de mil hombres, y le hace varios muertos, entre los cuales se cuenta el general Don Pedro Quintana. Castañeda que se habia pronunciado en el departamento de México, y otros caudillos, amenazan á Sulte-

pec y Zacualpan. Huerta hace una correría por Guanajuato, y volviendo á Michoacan, ataca en union de Pueblita y de García á los del gobierno en Indaparapeo, toma á Uruapan despues de dos dias de combate, y una de sus secciones se apodera del valle de Santiago en el departamento de Guanajuato. Pinzon entra en Ario, y huye Cano de allí con trescientos hombres, pronunciándose en seguida el pueblo. Entra Pueblita en Puruándiro, abandonado tambien por los enemigos al acercarse las fuerzas del guerrillero: atacan todos juntos á Morelia, derrotan á Don Miguel Andrade en Chilchota, y entran en Angangueo.

Nada ganarian la guerra ni la política con la relacion circunstanciada de todos estos encuentros, en los cuales, si bien hay que admirar rasgos de valor en los combatientes, no puede menos de deplorarse la sangre que se derramaba en una lucha de hermanos. Enfurecidos unos y otros con la resistencia y con ese frenesí atroz que es el mal genio de las guerras civiles, mas de una vez mancharon sus triunfos con bárbaros destrozos y con escenas de sangre, como lo hicieron los del Ejército libertador en el Valle de Santiago, y los del gobierno en Paracho y otros puntos. Solo habia la diferencia de que tales desmanes en los primeros eran efecto muy triste pero natural de la lucha, mientras que en los segundos era la aplicacion de un siste-

ma adoptado friamente y con repeticion prescrito por el gobierno que los mandaba.

Hácia el mes de Agosto, el gobierno habia gastado ya los siete millones que habia recibido por el tratado de la Mesilla, y eran grandes sus apuros teniendo que mandar tropas á los departamentos de Guerrero, Michoacan, San Luis Potosí, México, Tamaulipas y otros donde ardia la revolucion. Las providencias que dictó para salvar aquellas dificultades, empeoraron su posicion en vez de mejorarla. Una de ellas fué repetir á los comandantes generales de los departamentos la órden de que procedieran á confiscar los bienes de los pronunciados para acudir con el producto de ellos á los gastos de la guerra; y por otra circular autorizó á los jefes militares para que tomarán en las haciendas los ganados y demas objetos que necesitaran para sus tropas.

Más atroces aún que estas medidas, eran las órdenes que solian darse á los jefes para difundir el terror en las comarcas pronunciadas, y el implacable rigor con que eran fusilados los partidarios de la libertad que caían en manos del gobierno. El 7 de Octubre, el coronel Camargo se dirige á la hacienda de Tierra Colorada, con órden de reducirla á cenizas. Habian huido de allí todos los hombres á la aproximacion de las

tropas, y solo se encontraron con mujeres desoladas y niños inocentes, que en vano se arrastraban á los piés de aquellos soldados, pidiéndoles que les dejaran un techo en que abrigarse. No hubo clemencia: las órdenes supremas se cumplieron: la hacienda fué incendiada, y en pocas horas no era mas que un monton de escombros y de cenizas, sobre las cuales se veían vagar las mujeres y los niños, llorando sin consuelo una desventura que no podian comprender.

El 26 del mismo mes fué fusilado D. Ignacio Campos, vecino de Tixtla, no obstante las representaciones que hicieron en su favor los vecinos de aquella ciudad, abonando su conducta y recomendándole á la indulgencia del gobierno por sus buenos antecedentes. Esta popularidad de la víctima era tal vez lo que mas enojo causaba al gobierno. No fueron escuchadas las súplicas del vecindario, ni encontraron conmiseracion los clamores de una esposa, de una madre anciana y enferma, de una hermana y de cinco hijos pequeños: Campos murió fusilado, dejando en la miseria á toda esta familia que no tenia mas amparo que él.

El 1.º de Noviembre recibe orden Don Severo Castillo para ir con una fuerte seccion á la hacienda de la Brea, á destruir (decia el oficio del ministerio de la guerra) "esta madriguera del criminal Don Juan

"Alvarez, y cuantos recursos de subsistencia tengan "por allí los facciosos." Y como si se tratara de estrechar una plaza fuerte ó de comprometer alguna batalla campal con un grande ejército enemigo, se dieron órdenes á otros jefes militares para que obrasen en combinacion con aquel movimiento, y protegiesen la operacion encomendada á Castillo, llamando la atencion de los pronunciados por diferentes puntos y á grandes distancias. Zuloaga debia dirigirse hácia Costa Grande, Rosas Landa á los límites de los departamentos de México y Guerrero, Bahamonde debia situarse en Cutzamalá, Barberena debia ocupar el Peregrino, y Tejada el Coquillo.

Dando por seguro el golpe, en virtud de unas combinaciones tan vastas, el gobierno dió á Castillo instrucciones harto notables para que puedan ser pasadas en silencio. En la tercera de ellas se le autorizaba para ofrecer un premio al que entregara al general Alvarez y á sus dos hijos: "ofreciendo (decia el ministro de la guerra) hasta mil ó dos mil pesos al que lo entregue." En la cuarta se le autorizaba tambien para ofrecer premios á los que entregaran la plaza de Acapulco, y particularmente se le decia que ofreciera al general Moreno su propio empleo, si cometia aquella traicion. En la sétima se le prevenia que procediera severamente contra los que habian pertenecido á la re-

volucion, *aunque los aprehendiera en sus casas*, y contra los pueblos y autoridades que de cualquier modo hubieran acojido á los rebeldes, “arreglándose (decia la instruccion) á las leyes y órdenes de la materia, *particularmente en cuanto á la ocupacion y aplicacion de sus bienes.*”

Los deseos del gobierno se cumplieron de una manera horrorosa, que faltó poco para que les saliera muy cara á sus soldados. Algunos de ellos encontraron en la casa principal de la hacienda una porcion de barriles de pólvora, que retiraron de allí antes de dar principio á su tarea. Entonces cada uno tomó su antorcha y prendió fuego al caserío por mil partes diferentes; y mientras que las llamas lo devoraban todo, estendióse la division por los campos vecinos, para matar el ganado que pacia en ellos, y no dejar con vida un animal de los que acompañan al hombre en su trabajo ó le sirven de alimento.

Los habitantes de la ranchería habian huido de aquel lugar de desolacion, y desde las espesuras donde habian ido á buscar un asilo para su existencia, estuvieron contemplando aquella espantosa ruina de sus fortunas, viéndose de repente infinitas familias privadas de su hogar y de sus bienes por los emisarios del gobierno!

La devastacion fué completa; pero antes de retirarse de allí la division, vieron sus jefes que no todo habia sido consumido por las llamas. Clavado en un poste, y respetado por ellas, habia un papel que parecia haber sido puesto allí por la misma mano que escribió en la pared del festin de Baltasar, las amenazas celestiales: “*¡Temblad!* decia el papel, *¡asesinos é incendiarios!* *¡ya nos veremos!*”

La division de Castillo hizo aún mas destrozos en las poblaciones del tránsito, incendiando entre otros caseríos, la congregacion de Zolapa; pero habiéndose reunido fuerzas para perseguirla, precipitó su marcha para Chilpancingo, adonde regresó el 10 de Diciembre.

Los guerrilleros de Michoacan crecian diariamente en fuerza y en prestigio, mientras que la posicion del gobierno era cada vez mas crítica, sin que hubieran bastado á mejorarla todas las providencias que dictaba para ello. Algunas de éstas tenian un carácter verdaderamente desesperado, y como tales habrian sido consideradas, á no ser porque todo el mundo sabia ya, que el gobierno de Santa-Anna era poco escrupuloso en los medios para lograr sus fines. Viendo la rapidez de los movimientos de las fuerzas pronunciadas en aquel departamento, quiso formar un gran cuerpo de caballería; pero como le escaseaban los recursos, dió

orden al comandante general para que lo hiciera, recomendándole la mayor actividad, y diciéndole en comunicaciones de 7 y 11 de Noviembre, que cumpliera con aquella orden, "aunque sea tomando caballos de particulares ó de las haciendas, pues para todo se le ha facultado."

Prueba de la pujanza á que habia llegado la revolucion en Michoacan, fué la resolucion que tomaron sus caudillos de atacar á Morelia el 24 de Noviembre. Reuniéronse al efecto las brigadas de Huerta, Pueblita y Pinzon, incorporándose la del segundo en la del primero; y despues de combinar el plan de ataque, emprendieron la marcha el 23, caminaron toda la noche, y llegaron á la vista de la capital el 24 á las cinco de la mañana. Habian determinado que Huerta y Pueblita se presentarian por el rumbo de Santiaguito, al mismo tiempo que Pinzon debia aparecer en la loma de Santa María; pero éste no llegó á tiempo por habérselo estorbado lo malo del camino, y los otros dos tuvieron que esperar mas de tres horas á la vista de la ciudad, sufriendo el fuego de la artillería enemiga, y dando lugar á que la guarnicion se preparara bien á la resistencia. A pesar de este primer contratiempo, la ciudad habria caido en poder de aquellos valientes caudillos, á no ser por el oportuno refuerzo que recibió la guarnicion. Huerta y Pueblita se apoderaron de la



GENERAL D. EPITACIO HUERTA.

garita de Chicácuaro, y Pinzon un poco mas tarde de la de Santa María: unos y otros llegaron hasta la plaza, en cuyas boca-calles se presentó su formidable caballería, arrollando á los enemigos en todas direcciones, y haciendo en ellos grandes destrozos, mientras que la infantería, apoderada de las alturas principales, hacia tambien mucho daño á los defensores de la plaza. Pero cuando ésta iba ya á sucumbir, se presentó de refresco el general Tabera con su brigada, compuesta de 1,500 hombres y seis piezas de artillería, lo cual obligó á los caudillos revolucionarios á retirarse, cuando eran ya casi dueños de la ciudad.

Murió en el combate de aquel dia el general Don Domingo Echeagaray, traspasado por una bala al pretender rechazar una de las columnas que entraban en la plaza. Aquel mismo dia habia tomado el mando político y militar de Michoacan, en lugar de Torrejon que habia sido destituido. Los partidarios de la revolucion hicieron justicia al general Echeagaray, diciendo que habia perecido como un valiente: su gobierno, el gobierno por quien se habia sacrificado, apenas tuvo una palabra que decir para deplorar su muerte ni honrar su memoria.

Tan distante estaba de pagar este tributo de justicia á los que le servian con desgracia, que habiendo nom-